

MIRAR A TRAVÉS DE LA VITRINA DE LO INVISIBLE¹

Rodrigo Espinoza Vásquez

Correo electrónico: respinoza.psicopedagogia@gmail.com

Mientras el adulto juega para divertirse, el niño juega para jugar.

Francesco Tonucci

Ser niño es una cuestión de supervivencia. Todos los días hay pruebas que superar. El hambre del recreo, una broma, golpes, estudios, en fin muchas cosas. Los padres generalmente dicen: ¡Lo único que tienes que hacer es estudiar! y lo dicen porque es tanto lo que amarra el trabajo, que equiparan las responsabilidades estudiantiles a las laborales. Parecen creer que el estudio es el paso previo al trabajo, pero olvidan que también hay un ecosistema exigente al momento de vivir en sociedad. A cada momento se enfrentan a pruebas y son los niños los que poco a poco las van superando. Una vez escribí que esto, de ser niño y luego adolescente se asocia a un *kloketen* postmoderno, ya que para ser adulto ya no hay que ir al bosque por una semana, sino que hay que estar por más de doce años en una o unas salas aprendiendo muchas cosas que se tornan innecesarias. Esto ocurre porque los colegios (no todos) son egocéntricos y funcionan como augures. Educan para el futuro. Educan en una sociedad cambiante, que con suerte sabe lo que pasará el día de mañana. Educan con un horizonte de cinco años. Educan para la obsolescencia, cuando la educación verdadera debiese centrarse en el conocimiento del ser humano y no en la competencia descarnada, pero tal es el peso de las doctrinas político-económicas que nos rigen, que salirse de un molde preestablecido siempre será objeto de cuestionamiento.

¹ Escrito en noviembre de 2014

De esta forma es como culturalmente hemos sido (de)formados: mirando alrededor de los miedos, con la esperanza de que el futuro ya esté armado. Es entonces que surge esta idea de la supervivencia. Una que a cada momento se muestra, pero que a su paso invisibiliza a quienes siempre tienen algo que decir: los niños y niñas.

Un niño iba caminando de la mano con su mamá. Ella miraba las vitrinas de las tiendas, mientras él tomaba helado. De repente, de la nada, aparece una mano que le toma la cabeza, le apreta una de sus mejillas, balbucea algo ininteligible y se va. El niño da vuelta la cabeza como pidiendo una explicación, son su helado a punto de caer. Tal vez piensa que esa señora se confundió, que a lo mejor se parece a alguno de sus hijos, nietos, vecinos, primos, o quizás a ninguno. La sigue mirando para preguntarle qué le pasó, por qué lo tomó de la cabeza como si fuera una muñeca de juguete y le agarró uno de sus cachetes, uno de esos que se ven tan bonitos que dan ganas de apretarlo como si fuesen a explotar de lo rojo que quedan. Miraba a esa señora con impotencia primero, luego con pena. Pena porque no le enseñaron que eso no se hace, porque está seguro que si le hicieran lo mismo a ella pondría los gritos en el cielo, sintiéndose invadida. Gritaría, le hablaría de frente y con rabia a quien osara tocarle un centímetro de su cuerpo. Porque a ella de chica le dijeron que no debía permitir que nadie pasara por encima de ella, menos aceptar un atropello de ese tipo. Ella entiende que eso no se hace. Lo que no entiende es que ese niño probablemente sentiría lo mismo que ella, pero no alcanza a dimensionarlo, porque lo invisibiliza. Carece de empatía, además todo el mundo lo hace. O acaso no se acuerda -se dice a sí misma- aquella vez que saliendo del supermercado, el guardia le tocaba la cabeza a su hijo y reía paternalmente. Los adultos, nuevamente, hacemos cosas que no nos gustaría que a nosotros nos hicieran. Mientras tanto, las vitrinas siguen esperando la mirada de su madre.